

LA NIÑA QUE UNA VEZ FUE

(María Teresa Corbacho Díaz)

—¡Madre! ¡Madre! ¡Mira!

La niña con vestidito de domingo, blanco y almidonado señaló el ramo que atravesaba la ventana.

—¿Sabes, hija? Debes crecer fuerte como el arce para que de mayor seas una Mónica.

¡Si ya se lo habían dicho las otras mujeres! La abuela, la tía, las vecinas... ¡Todas! Con el afán por trenzar los cestos para las mozas.

¡Pero es que ella se sentía grande en aquel pequeño lugar! Por eso la encandilaban los colores intensos de las flores y los tocados, de los pañuelos que el ramo enarbolaba a capricho del viento; ese que cosquilleaba su nariz con el aroma azafranado de los roscos. Con alegría desaforada, subía la cuesta a saltitos, detrás de la procesión y al compás de la música como si no hubiera un mañana.

Un día, el mañana llamó a la puerta disfrazado de presente para llevarla lejos, muy lejos. La obligó a transitar los senderos de la vida con andar trashumante, sin pertenencia a ningún sitio. Entre año y año, se colaba un ayer que terminó por llenar todos los huecos de la mente. Con el pesado equipaje de recuerdos, se apeó de nuevo en Sarnago, adonde siempre supo que regresaría.

Miraba a las tres Mónicas con ojos de ahora y de antes. Aún sin pretenderlo, sentía los pies enraizados en la tierra, el cuerpo firme y rugoso, los brazos ahuecados cuan si fueran ramas, y se dejó llevar por un danzar sin fin. Casi al mismo tiempo que la copa del viejo arce se abría paso a través de la ventana, ella tomó un atajo en la memoria y pudo verse con vestidito de domingo, blanco y almidonado, como si nunca se hubiera ido. Como la niña que una vez fue.